



MANUEL GONZÁLEZ  
LÓPEZ-CORPS, PBRO.

# El Árbol del Paraíso

La costumbre de colocar un árbol adornado durante el Adviento en preparación de las fiestas de Navidad ha desbordado ya el ámbito de los hogares cristianos. Encontramos estos signos en las iglesias y en las calles, e incluso en comercios o lugares sin especial referencia cristiana. Algunos pretenden que sea la alternativa al “belén” o “pesebre” de tradición latina, otros lo atacan por diversos motivos y, los más, lo presentan como mero símbolo aconfesional de las fiestas de invierno y Año Nuevo. Sin embargo, pocos signos populares hay tan antiguos y tan específicamente cristianos como el abeto navideño: su objeto ha sido siempre recordar a los fieles que Cristo, nacido por nosotros en Belén de Judá, es el verdadero Árbol de la vida (cf. Ap 2,7; 22,2), Árbol del que fue separado el hombre a causa del pecado de Adán (cf. Gn 2,9; 3,22).

La tradición resalta el carácter específicamente religioso del árbol vinculado a la evangelización del Norte de Europa. San Bonifacio, el apóstol de Alemania, en el trabajo misionero realizado en Hessen, se atrevió a talar, en el año 724, el famoso roble de *Geismar*, lugar de culto druida, donde se habían practicado sacrificios humanos para que la sangre renovase la vida del bosque. Cortado el árbol dedicado al dios Thor, el santo obispo hizo construir con su madera una capilla en honor de San Pedro y, dicen que, en su lugar plantó un abeto en honor de Jesucristo. La catequesis que se siguió era sencilla y de fácil comprensión para aquellos hombres medievales que vivían al compás de los ritmos de la naturaleza:

- en medio de los árboles muertos por la pérdida de la hoja, el abeto verde aparece como signo de Cristo, el Viviente (Ap 1,18).
- la sangre que nos da la vida no es la derramada en cada invierno sino el único sacrificio de Cristo ofrecido por muchos y una vez para siempre (cf. Heb 10,8.12).
- en ese árbol lleno de luz se reconoce a Aquel que es luz del mundo (Jn 8,12); el que con su nacimiento nos conduce a Dios que habita en una luz inaccesible (1 Tim 6,16).

## LUZ Y VIDA...

En los antiguos calendarios litúrgicos encontramos que el 24 de diciembre se celebra la memoria de todos los patriarcas, profetas y justos “desde Adán hasta José, el esposo de María”. Y, así se lee todavía hoy en el Martirologio o Calendario oficial romano:

Commemoración de todos los santos antepasados de  
Jesucristo,  
hijo de David,  
hijo de Abraham,

hijo de Adán;  
esto es, conmemoración de los Padres que agradaron a Dios  
y fueron hallados justos  
y murieron según la fe,  
sin recibir las promesas  
sino contemplándolas y saludándolas desde lejos;  
de los cuales nació JESÚS según la carne,  
que es Dios bendito sobre todo por los siglos.  
Amén

En este último día del Adviento, en torno al s. XII, se representaba de manera catequética toda la historia bíblica de la salvación comenzando con el episodio del árbol del Paraíso: eran los *Misterios de la salvación*.

En los atrios de las iglesias o, a veces, en su interior se escenificaba la historia de la creación de Adán y Eva, la caída por el pecado y la expulsión del paraíso. Estos *autos teatrales* en las vísperas de la Navidad concluían con la promesa de la venida del Salvador y su Encarnación en María (cf. Gn 3,15). Estas actuaciones giraban en torno a un árbol decorado con manzanas, evocación del pecado, o en su defecto con bolas rojas, signo de la Redención del que cargó con nuestros pecados en el árbol de la cruz. Esta conmemoración del 24 de diciembre situaba pedagógicamente a Adán en relación con Jesús, el nuevo Adán, el 25 de diciembre (cf. Rom 5,12ss).

Algunos personajes del *Auto* o teatro sacro (ángeles, serpiente o dragón diabólico, la estrella, Adán y Eva...) quedarían después “retratados” como figuritas en las ramas del árbol. De la misma manera, las manzanas, símbolo del pecado de Adán, reclamaban la Redención de Cristo. El árbol colmado de manzanas se refería a Cristo que cargando con nuestros pecados (1 Ped 2,24) hizo que el de la Cruz se convirtiese en árbol de vida para los que creen en Él (cf. Jn 3,15.16).

Por otra parte, la decoración de las ramas de los árboles con luces era costumbre en la cultura escandinava y germánica en el solsticio de invierno, cuando los días comienzan a crecer. Aquellos pueblos pensaban, además, que las plantas siempre verdes tenían el poder de conjurar los malos espíritus que actuaban, sobre todo, en los oscuros días de invierno; con las luminarias expresaban su deseo de victoria de la luz del sol. Con el mismo gesto, los cristianos confesaban al Dios que brilla en la tiniebla reconocido por los pueblos por el esplendor de su luz (cf. Is 9,1; 42,16 Jn 6,16ss Ap 21,23-4). Por ello, también prendían luces hasta la Noche santa del nacimiento de Cristo, la luz verdadera (cf. Jn 1,9): los creyentes e hijos de la luz (Ef 5,8), vigilantes con las lámparas encendidas (cf. Lc 12,35), reciben a Cristo que llega en Navidad como luz

que brilla en las tinieblas (Jn 1,5) y Sol que nace de lo alto (Lc 1,79). Parece que ambas tradiciones, el adorno con manzanas y el encendido de las velas, se fusionaron a partir del siglo XVI.

### ... COMO MEMORIA DEL PARAÍSO

El árbol de Navidad evoca otros dos árboles: el del Paraíso y el de la Cruz. El Paraíso es el lugar primigenio donde Dios coloca al hombre: jardín de bosques y espesuras plantado en Oriente (Gn 2,8), es decir, en Cristo, pues Él sería llamado Oriente (Zac 3,8; 6,12; Lc 1,78). Los cristianos, desde antiguo, creyeron que cuando vuelva el Señor lo hará desde Oriente (Mt 24,27a), reflejo de la luz eterna (Is 60,19-20), brillando hasta el ocaso (Mt 24,27b). El árbol será el recuerdo continuo de nuestra auténtica patria –el Paraíso– a la vez que nos hace crecer en la esperanza.

Ahora bien, el árbol de la vida en el Paraíso es la Sabiduría (Prov 3,18). Según san Pablo, esta sabiduría de Dios es Cristo crucificado en el árbol de la Cruz (1 Cor 1,23s Gal 3, 13 1 Pe 2, 24). El árbol origen de la culpa que ensombreció el mundo en las tinieblas, se ha convertido por la muerte de Cristo en fuente de luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1,9). El árbol de la Cruz es símbolo pascual que nos hace evocar la gloriosa victoria del León de la tribu de Judá (Ap 5,5).

### LEYENDAS COMO CATEQUESIS POPULARES...

Tanto el *Árbol de Luz o del Paraíso* como las representaciones plásticas del Nacimiento coexistieron pacíficamente en Centroeuropa hasta la Reforma protestante. Sin embargo, la influencia de una predicación celosa por eliminar todo lo que no se encontrase literalmente en los Libros sagrados tendió a eliminar gran parte de esta simbólica cristiana. Así, J. Conrad Dannhauer, profesor luterano y predicador en la catedral de Estrasburgo, pronunció un vehemente sermón en 1642 contra el árbol de Navidad en el que veía resabios de una superstición papista.

Sin embargo, entre el pueblo –paliando el vacío dejado por la supresión de las imágenes de la Natividad y para luchar contra una visión únicamente pagana del árbol– se difundían múltiples y bonitas leyendas en favor del abeto. Y, con el fin de integrar el símbolo universal del árbol de la vida, se acuñaron todo tipo de relatos.

Extendida era la creencia según la cual de una semilla del árbol del Paraíso había nacido otro árbol, de cuya leña siglos más tarde se haría la cruz salvadora del Gólgota. Pero, sobre todo, los cuentos en torno al fuego en las noches de invierno se ocuparon de situar el pino en medio del cosmos que se renueva por la Redención, comenzada en el Nacimiento de Cristo. En el lejano siglo X se contaba a los niños que en la Noche de Navidad no sólo cantaron los ángeles y se alegraron los pastores (Lc 2,8-15). También, en medio de aquel silencio, cuando el Verbo, por quien todo fue hecho (Jn 1,3.10), vino desde el trono real de los cielos (Jn 1,1-2), la creación pareció cobrar nueva vida. Y, por un instante, esto se

hizo manifiesto: los animales hablaron (Cf. Is 1,3; Hab 3,2 texto griego), las plantas florecieron en medio del frío y se vieron por doquier los mejores frutos en los árboles (Sal 1,3). Únicamente el abeto que nunca florece no podía expresar la alegría del cosmos ante la venida del Redentor (Sal 95,12). Por eso dicen que el Señor, tomando en sus divinas manos un manojo de estrellas (Ap 1,16), se las arrojó sobre las hojas quedando así resplandeciente de luces. Otra versión de la leyenda presenta al árbol cerca de la gruta de Belén sosteniendo la estrella que había guiado a los Magos y “embelleciendo el Lugar Santo” (Is 60,13).

Estos relatos, que han alimentado la piedad de generaciones, expresaban una profunda convicción cristiana: el Dios creador se hace presente en medio de su creación por una triple manifestación: la estrella se posa en la copa del árbol (*naturaleza*), indicando el nacimiento acaecido (*historia*), en el lugar anunciado por los profetas (*Escritura*). De hecho en el campo iconográfico tampoco faltan representaciones de un árbol cerca del pesebre. A veces, el árbol abre su fronda para formar el signo de la cruz. Esta representación no puede mostrar mejor la relación existente entre la Pascua y la Navidad. Es otro lenguaje, pero idéntico el mensaje evangélico: ante la Aparición en el tiempo del que está fuera del tiempo, se hacen presentes en todo su esplendor, el cielo y la tierra que han sido creados en Él, por Él y para Él (Col 1,16).

### ... E HISTORIA DE SU DIFUSIÓN

Riga, en Letonia, reclama ser el primer lugar donde se levantó el *árbol santo* en 1510. Tradiciones contemporáneas provienen del pueblo alsaciano de Sélestat: la Navidad de 1521 se celebraba con el adorno del árbol. Tenemos documentado que en Estrasburgo (Alsacia), a partir de 1605 se extiende la costumbre de colgar rosas, regalos y chucherías en el pino que adorna las casas. Los dulces eran elaborados con leche y miel evocando la Tierra prometida o Paraíso (cf. Ex 3,8) al que el árbol de la Vida –símbolo de Jesucristo– daba acceso (cf. Ap 22,14). En no pocos lugares tales dulces se sustituían con eulogias, pan bendecido, que recordaban la Eucaristía (cf. Jn 6,51).

En 1621 encontramos en Neustift (Alto Adige) dos árboles iluminados con candelas, representando al de la Vida y al de la sabiduría, flanqueando el belén de la iglesia parroquial.

En el siglo XVIII, en las obras de Goethe, encontramos menciones a su decoración: dulces y luces. Contemporáneamente llega a Inglaterra: en 1789 encontramos la primera mención. En 1800, la reina Charlotte de Mecklenburg-Strelitz, alemana de nacimiento, esposa de Jorge III colocó un pino navideño en Queen's Logge, Windsor. Allí, junto con las luces y las manzanas, lo encontramos adornado con las figuras de María, José, el buey y la mula; y, en la cúspide la imagen del Niño Jesús: es la fusión de las tradiciones latinas y germánicas. Pero no sería hasta 1841, en plena época victoriana, cuando se popularizase la difusión de este símbolo navideño: el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo, esposo de la Reina Victoria, ya lo había introducido en palacio provocando la imitación de nobleza y burguesía. En 1869, Charles Dickens prologa *Cuentos de Navidad* con un magnífico ensayo sobre el

árbol, que ya había denominado como *new german toy*. Mediaba también el siglo diecinueve cuando, por iniciativa de la duquesa Hélène de Mecklenburg-Schwerin y de Orleans, se adorna durante el Adviento un pino en las Tullerías (París). Pareja difusión de la costumbre se da en Zurich, Viena y Praga.

El árbol navideño fue traído a España, en el año 1870, por la princesa rusa Sofía Troubetzkoy, esposa del Duque de Sesto, que lo colocó en su palacio de la madrileña calle de Alcalá, en el lugar que hoy ocupa el Banco de España.

A partir de 1890 las candelas o velitas que se encendían progresivamente desde san Nicolás (6 dic.), o Santa Lucía (13 dic.) o la Expectación (18 dic.) hasta Navidad ceden su lugar a la decoración con las luces eléctricas.

En Boston encontramos el primer árbol engalanado en una vía pública de en 1912. Parece que en los Estados Unidos de América había sido introducido alrededor de 1700 por la primera ola de emigrantes alemanes que recalaron en Pennsylvania. Por influencia norteamericana vuelve a Europa popularizándose en España y en el resto de los países latinos. En Roma se alza, junto a la representación de la gruta de Belén, ante la basílica de san Pedro.

### ¡ÁRBOLES TODOS, BENDECID AL SEÑOR!

El árbol, adornado en Navidad, es expresión de fe en el cumplimiento de las promesas en Cristo: *se alegran los árboles del bosque ante el Señor que viene* (Sal 95,12-13). En la Biblia cedros, pinos y cipreses árboles paradisiacos. Todo árbol de hoja perenne refiere la presencia del mismo Dios: *Soy como ciprés siempre verde* (Os 14,9). Los árboles en la Escritura son señal eterna de alegría y paz (cf. Is 55,12s) que hacen brotar la confesión de fe: la culpa de Adán en un árbol ha sido borrada por la justicia de Cristo quien ha cargado sobre sí el pecado dándonos el remedio para la eternidad.

Por eso, en nuestras casas, iglesias y lugares públicos el abeto es expresión de fe en el cumplimiento de las promesas: *se alegran los árboles del bosque ante el Señor que viene* (Sal 95,12-13). La sola visión de sus hojas siempre verdes recuerda la vida que no muere según la catequesis del misionero Bonifacio de Fulda (+ 754).

La tradición de los hogares cristianos lo contempla como una bendición:

- Para los hogares en Navidad: aunque desconozcamos la fecha del nacimiento de Jesús en diciembre nos reunimos en familia. Es una ocasión donde bendicimos a Dios por este árbol levantado que atrae a los pueblos (cf. Jn 12,32).
- Para cada uno de nosotros: adornado con luces nos recuerda que Dios es la luz y en Él no hay tiniebla alguna (1Jn 1,5). Al adornarlo recordamos la palabra de la Escritura: *si caminamos en la luz, como Él está en la luz, estamos en recíproca comunión y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado* (1Jn 1,6-7).
- Para el mundo: pues queremos de se revista de la gloria y majestad de Dios al igual que árbol se embellece con un manto de luz (cf. Ps 104, 1-2); y la tierra brille con su gloria (cf. Ez 43,2). Es un anuncio profético de que el Señor Dios alumbrará a todos los pueblos (Ap 22,5); como ya ha iluminado a *quienes gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo* (Hb 6,4).
- Para nuestro compromiso evangelizados: una vez que el creyente ha sido iluminado por Cristo, se convierte en testigo de la luz. Nosotros somos esa luz no sólo para los gentiles (Is 49,6) sino para todo el mundo (Mt 5,14) brillando entre los hombres como estrellas que alumbran el firmamento (Flp 2,15). Esta será la consecuencia necesaria de una vida iluminada por Cristo, ser testigos de la luz.
- Como acicate de esperanza: aunque estamos en medio de las tinieblas del mundo hemos sido llamados *a su luz admirable* (1Pe 2,9); a caminar como hijos de la luz (cf. Ef 5,8-9).

Nuestra fe celebra que tenemos abiertas de par en par las puertas del Paraíso por la sangre del Cordero. El querubín ya no impide el acceso al camino al árbol de la vida en el Paraíso (cf Gen 3, 34) pues de la victoria del León podemos participar también nosotros y en torno al nuestro árbol de Navidad podemos recordar con alegría: *a los vencedores les daré a comer el árbol de vida que está en el Paraíso de Dios* (Ap 2,7; 22, 2). Así, en la comunión de los creyentes cantamos: ¡Árboles todos, bendecid al Señor! (cf. Is 44, 23 Sal 95,12) *Cuánto germina en la tierra, bendiga al Señor* (Dan 3, 76 texto griego)